



LA FELICIDAD

*Todo lo que debe saber al respecto
y por qué no es lo más importante
en la vida*

Wilhelm Schmid

PRE-TEXTOS

¿A qué se debe esa obsesión natural del ser humano por la felicidad? Nos preguntamos entonces: ¿qué es la felicidad? O, mejor, ¿qué es la felicidad para cada uno de nosotros? Wilhelm Schmid, filósofo alemán del arte de vivir, nos muestra lo que la filosofía puede responder mediante la reflexión a todos los niveles e, incluso más importante, lo que el lector es capaz de hacer al respecto. Para trazar una “historia de la felicidad”, analiza, en un principio, los distintos significados del término que crecen en la sociedad moderna, para dar paso después al concepto más trascendental de *sentido* y transportarlo al límite de la propia existencia con el objetivo de, en el extremo límite, saber de la necesidad de su búsqueda o, incluso, de su re-creación.

Týche, en griego, era la palabra que se utilizaba para designar un desenlace fortuito, tanto favorable como desfavorable. De esta manera, hilando el significado originario con su uso en la modernidad, Schmid nos habla de un tipo de felicidad casual, la *suerte*, no sólo orientada a lo favorable y deseado de la persona, sino también a la ausencia de casualidad o mala suerte. Nos sorprende, a veces, cómo lo fortuito adquiere un orden lógico y razonable, como un plan bien trazado, un principio organizador que nos conduce inevitablemente a la pregunta: ¿Tiene *sentido* hablar de suerte? ¿Está ese principio dentro o fuera de nosotros? La respuesta que se da es contundente. Lo importante, en muchas ocasiones, no es tener suerte, sino la *actitud* que mostramos ante ella, “abrirse” a la espontaneidad y a la atención, dicho de otro modo, no esperar las casualidades, sino buscarlas, estar listo ante la ocasión: “la suerte se da cuando coinciden la oportunidad y la preparación”. Muchas veces no estaremos listos para tener suerte y, por este motivo, es imprescindible convivir también con su ausencia que, irremediablemente, supondrá una falta de felicidad. No es, por lo tanto, algo duradero y constante pues, aún revestido de suerte en el mejor de los casos, después hay que saber administrarla.

Continuando con la búsqueda de una felicidad más duradera, nuestro autor da un pequeño salto hacia el experimento de todo lo positivo. El hecho exclusivo de preferir el placer al dolor es, junto al orden que antes mencionábamos, otro de los principios del ser humano o, con palabras de Locke, una ley que la naturaleza nos ha impuesto. La felicidad, entendida de este modo como el *bienestar*, tiene sus cimientos en la maximización del placer y la minimización o el rechazo, incluso la eliminación, del sufrimiento. Sin embargo, avisa Schmid, debemos tener en cuenta el estrecho vínculo de las personas con el *malestar* común, admitir que también las cosas perjudiciales nos atan a la vida y que al intentar eliminarlas estamos perdiendo la orientación de las cosas. Es más, de hecho, el sufrimiento es capaz de llevarnos a la reflexión, y no el placer: la melancolía es *la felicidad de la infelicidad*, el alma que se inquieta, que lucha contra unos valores establecidos con los que no se identifica. Este es, posiblemente, el problema más grave del bienestar, las altas expectativas o normas de vida frente a una realidad ne-

WILHELM SCHMID, *La felicidad: todo lo que debe saber al respecto y por qué no es lo más importante en la vida*, Pre-Textos, 2010, 69 pp. ISBN 978-84-92913-45-9.



gativa, difícil y competitiva que hacen “enfermar” al ser humano. Por ello, este tipo de felicidad también se trata de una felicidad momentánea, episódica, un día, una hora, un instante determinado, y es la filosofía la que nos ayuda a “no confundir la vida con un único bienestar”, esto es, asumir que habrá otros momentos y que no todos ellos pueden ser placenteros. Así pues, la “cura” no es maximizar *lo bueno* y eliminar *lo malo*, sino optimizar ambas cosas para encontrar una igualdad equitativa, cada uno con una medida diferente. A pesar de su naturaleza instantánea, es el bienestar algo imprescindible para nosotros que, a falta, de momento, de una interpretación más elevada, buscaremos con esfuerzo.

La *plenitud* es el siguiente escalón en el camino de ascenso hacia la felicidad superior. La insistencia en reconocer una parte negativa y dolorosa de la vida, además de la positiva y agradable, tiene su fundamento en este tipo de felicidad: no podemos aspirar a una vida *plena* sin considerar que todo lo negativo contribuye a llenar la esfera que nos rodea. Esta es la polaridad de la vida, tanto el bien como el mal, y su atracción constante. Ahora bien, la pregunta esencial es: ¿Podemos aceptar la polaridad de la vida y estar de acuerdo con ella? Y si es así, ¿Cómo podemos convivir con la parte negativa de uno mismo y de la vida? Debemos, según Schmid, “respirar entre los polos de lo positivo y lo negativo” en todas nuestras experiencias, sin limitar ninguna por desagradable que sea, reforzando así esta felicidad. Posiblemente, la plenitud es una postura mental ante la vida, partiendo del ejercicio del pensamiento mediante la reflexión y, por este motivo, está por encima de las dos anteriores (suerte y bienestar), es más amplia y duradera y no depende de casualidades ni momentos puntuales, es el equilibrio de la polaridad a lo largo de toda la vida: “la verdadera felicidad filosófica”. Es cierto que no podemos renunciar por naturaleza a ninguno de los tres tipos, no obstante, este último es el que hay que potenciar y redescubrir en los tiempos modernos, tan malacostumbrados al placer. El final del capítulo es, sin embargo, menos alentador. Schmid responde doblemente a la pregunta que el lector puede plantearse a estas alturas: ¿por qué es tan difícil ser feliz? O, concretamente, ¿Por qué es tan difícil conseguir esta felicidad? Debemos saber que la plenitud no es algo especial y espectacular y que, precisamente por esperar que sea espectacular, nos es difícil conseguirla. Por otro lado, de modo más platónico, nuestro autor sentencia que las pretensiones hacia esta felicidad no pueden ser desmesuradas, pues aunque alcancemos la plenitud de la vida, nunca alcanzaremos la plenitud total, que pertenece a la dimensión de lo infinito. Al ser humano sólo le quedan fragmentos de felicidad, lo que no quiere decir que, siendo así, no pueda establecer una conexión real con ese “mundo de las ideas” o que no haya otra posibilidad. De nuevo aparece la actitud: Schmid llama “sereno sosiego” a la consciencia de que, efectivamente, en todo lo que existe hay otra posibilidad, de que la armonía no está exenta de tensiones y de que éste es el ritmo incansable de la vida.

Parece que nuestra felicidad está destinada a ser fragmentaria. Schmid, consciente de esto, plantea, tal y como reza el título del libro, un complemento muy arriesgado que no dejará de inquietar a todo aquel que lo lea: la felicidad no es lo más importante, sino el sentido o, mejor dicho, “la experiencia de una plenitud de sentido”. Esto debe ser entendido como la conexión y la coherencia de todas las cosas, de nosotros mismos y la interacción entre ambos. La falta de felicidad no es más que una privación de sentido. Una vez entendido de esta manera, la cuestión del sentido adquiere una amplitud demasiado grande para nosotros que, incapaces de tener una visión global del mundo (sólo Dios podría), nos limitamos a la *interpretación* del sentido, es decir, a la interpretación de las conexiones, cada uno de una manera, cuyo objetivo común es el sentido absoluto de la vida. Sin embargo, ya sea por nuestra inclinación cartesiana hacia una crítica del sentido que rechace o



valore esas conexiones para asegurarlas, o porque, efectivamente, nunca podemos dar respuesta a todo vínculo, es imprescindible dejar que algo *infinito* y *posible* de sentido a algo *finito* y *real*, una respuesta al cúmulo de fragmentos, una creación de sentido. Para Schmid, lo verdaderamente importante es no replegarse a la finitud, “abrir la vida a una dimensión de la trascendencia”, aunque estemos equivocados, pues no importa mientras la vida pueda vivirse mejor suponiendo un sentido trascendente.

Finalmente, centrando la cuestión en la modernidad, nuestro autor repasa la *búsqueda* de sentido de las personas, como consecuencia de haber renunciado a él con un carácter nihilista; rechaza lo material como medio para suplir el vacío, y clama al futuro por medio de una modernidad transformada, una utopía donde ya no exista la preocupación por la felicidad o el sentido porque se ha alcanzado el *bienestar* universal.

Cristian Ortín